

La casa tiene las puertas hundidas, apoyadas sobre el tren del tiempo que se arrastra con los pasos de una mujer. Ella se llama Mariana y va desde temprano por el corredor con sus ochenta años de vejez animal y el rostro de un pájaro cantor.

Será de hablar tanto que le ha ido saliendo poco. Muchas cosas dichas una tras otra deben dejar un largo camino.

—Mi hermana morena, mi hermana morena, qué casa tan horrible por Dios...

—Vos sí que te recordás, Mariana, fue en abril y estamos en abril, —dice Clara, la otra hermana, desde el fondo de su alcoba al oír que sopla el viento como llevándose los árboles por la calle. Es abril y de vez en cuando una grande y negra mariposa de ojos en las alas golpea las puertas. Siquiera hace mucho no vienen los cucarrones. Les tienen miedo porque parecen ciegos o ebrios tentando las paredes.

—Mi hermana morena, mi hermana morena, qué cosa tan horrible...

—¡Qué memoria la tuya, recordarse todavía!...

—Clara sigue sentada al borde de la casa en su llamada espera entre la desolación de sus ojos escuálidos. Al verla, diríase que siempre ha estado allí en convaleciente vejez.

Pero no, vive realmente al otro lado en la orilla del recuerdo con el azul de sus ojos diluido en la penumbra de la alcoba. Mariana va de extremo a extremo por el largo corredor arrastrando sus pantuflas y hablándole a Clara o a una de las sombras que irradia la mañana del tibio sol de abril.

—¿Pero no te recordás?

—A veces...

—Estábamos recién venidos de Yolombó.

—¡Ah sí! ¡Nos venimos después de que mataron a papá!

—Lo mataron por detrás, lo confundieron con otro en la oscuridad.

—Y Horacio nos trajo a vivir aquí. Y se preocupaba que no nos faltara nada.

—Arregló todo para que tuviéramos con qué vivir porque lo de la lotería fue después cuando él ya había muerto.

—Pero qué, mi hermana tenía que atormentarnos la vida, hacernos sufrir lo que no está escrito.

El mediodía se posa sobre el patio con su turbión de sol.

Ellas están allí cerca de donde el corredor se expande con la estela de luz. Callan o se dicen algo de vez en cuando. Alguien toca y son los mendigos que no se cansan de llamar y que poco a poco han ido hundiendo la puerta. Antes ellas temblaban de miedo porque ya se irían a entrar los ladrones.

Ahora siguen impasibles con su silencio o su diálogo de años. Mariana habla de Horacio. Cuenta su imperecedero retrato de él como el hombre de sombra gigantesca que llenaba el corredor y montaba un caballo alazán que volaba.

—Sin ser estudiado llegó a gerente, ¡era una eminencia!...

—Qué respeto el que infundía, ¡deslumbraba con la mera presencia!

—¡Y mi hermana morena atreverse!

—A él no le gustaba el comportamiento de ella.

—El le dijo apenas que no volviera a hablar con los peones y ella se encerró a llorar tres días hasta que hizo el disparo al aire y nosotros creímos que se había matado.

—Horacio no le dijo nada más y ella hizo lo que quiso pero a él lo mató la pena moral.

Sí, ¡lo mató la pena moral!

—Y empezó el calvario de nosotros, nos encerraba y amenazaba con pegarnos si no hacíamos su voluntad.

—¡Lo que ella quería era que aguantáramos los gritos y las peleas y el horrible olor a aguardiente! ¡Qué asquerosidad!

El sol cabrillea y cambia de rumbo. Se va con su resplandor a otras partes, casi sorpresivamente, como dicen ellas que se les ha ido la vida porque todo pasa tan rápido. El corredor se empieza a llenar de



las sombras del corredor

alonso aristizábal

sombras, sombras dispersas y estáticas y que sólo se mueven con ese ritmo secreto del tiempo. Clara siente deseos de volver a la penumbra de su alcoba en anticipo voluntario de la irremediable noche. No puede dejarse enfriar porque será como morir de una vez con el dolor en sus huesos seniles. La tienen que llevar hasta la orilla salvadora de su cama donde vuelve a ser la muñeca despelucada y pálida a punto de convertirse en pájaro volador también. Mariana sigue deambulando por el corredor detrás de la estela opaca de la tarde. De pronto, Clara pega un berrido de reproche y soledad. Le han entrado a su cuarto la silla roja. No le gusta que se la entren porque es como si le sentaran a alguien ahí. La silla le representa al hombre que la trajo para sentarse en ella en el corredor a pasar las borracheras y de repente pararse y darle puntapiés por toda la casa entre blasfemias y palabras que obligaban a las dos viejas a encerrarse y taparse los oídos.

—¡No pudimos aguantar más!

—¡Qué sufrimientos más atroces!

—Una noche sentimos unos quejidos horribles de demonio, pensamos que la estaba ahorcando y llamamos la policía.

El hombre ese tenía hasta tipo de criminal.

—Y le dijimos que íbamos a seguir llamando la policía y tuvo que irse a vivir aparte.

—Pero nos dejó el pedazo de baúl que ya estaba desbaratado de soportar también tantos golpes y yo lo mandé tirar al solar.

—Cuando ella murió hubo que entrarlo para que no nos diera remordimiento y mejor le sembramos una mata.

—Pero la silla que nos hubiera gustado que la dejara aquí, si se la llevó y después la mandaron no sé por qué.

—Yo le digo la verdad, a mí no me dolió que se muriera, ¡era mi hermana morena!...

—No crea, da pesar y no deja de ser la hermana.

Cuando hablaban del baúl, Mariana tenía que ir a mirarlo desde la puerta en el solar o Clara estaba pensando en el barro de las tablas y en el óxido de

los clavos. Y empezaba la noche como si proviniera de su fondo y la casa era oscuridad de entrañas de baúl. Idéntica a las noches de Clara en la penumbra del cuarto y los pasos de Mariana arrastrándose por el corredor. Clara es quien más siente las noches de abril en la orilla de su cama, en la orilla de las sombras. Y si la casa es con Mariana el tiempo que se va ineluctable, con Clara es aquello que no podrá marcharse y se quedará, los bahareques, piedra y arcilla desmenuzada que se remontarán sobre los años. Entonces, el baúl será la mancha con sus clavos al aire como heridas de un tiempo pasado. En todo esto piensa Clara y se queja con la resignación de un dolor de años porque le está latiendo ese algo que mueve cada vez dentro de sus huesos.

Es abril y ella lo sabe, lo siente y lo recuerda y ha pasado un día como tantos días de abril en los que parece cualquier olvido. Y vuelven siempre las noches de abril con su silencio de vigilia, noches quietas, profundas donde sopla un viento secreto como la marcha de los siglos.

—Es Abril, ¡ahora sí me recuerdo de todo, Mariana!

—Mi hermana morena, mi hermana morena que nos quita el sueño.

—Fue en abril todo, ¡hasta su muerte! ¿Cierto?

—Uno tiene que recordar, si han sido cosas muy atroces, atroces.

—Las cosas de ella nos chocaron siempre, ¡hasta el baúl y la silla que nada tienen que ver!

—Sí tenían que ver, claro, si fue lo único que ese hombre trajo, no trajo nada.

—Era un hombre pobre y se murió poco tiempo después por la falta de ella!

—¡Pero qué borracho más inmundo!

—No deja de ser la hermana y no tiene la culpa de haber rodado con tan mala suerte.

—¡No! Te voy a decir una cosa para no decirte más, ella se casó con un peón de la finca, ¡mejor dicho con un cualquiera!

—Pues...

